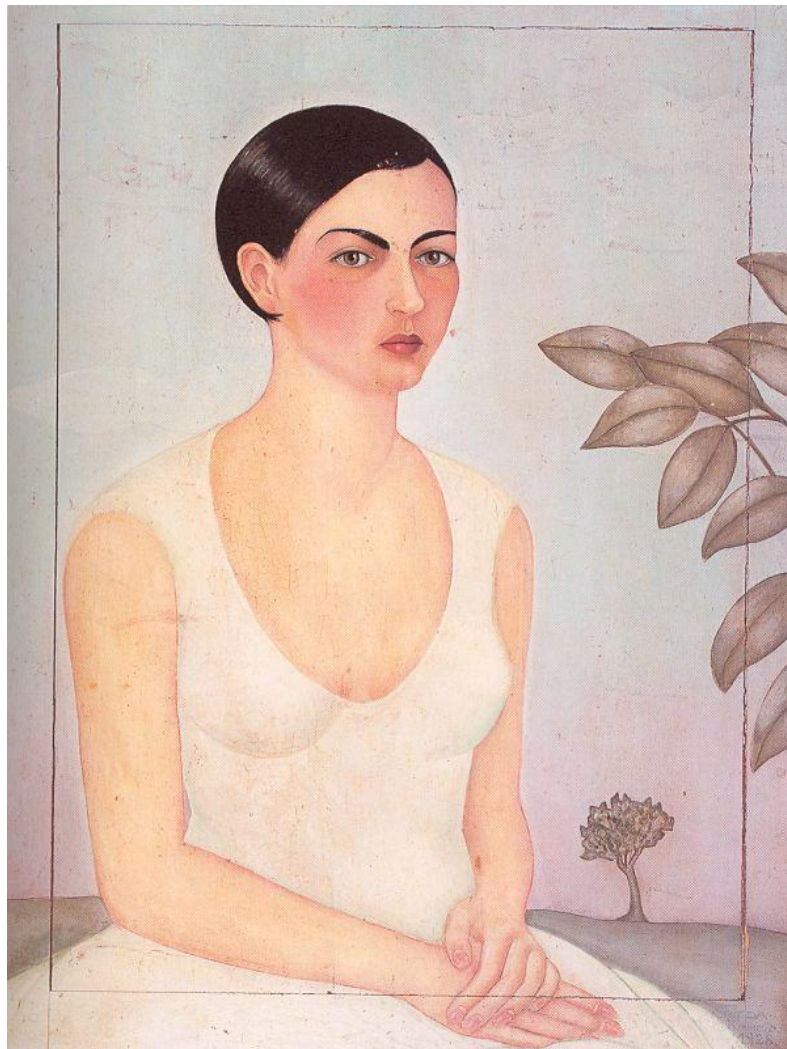


REVISTA LITERARIA KATHARSIS

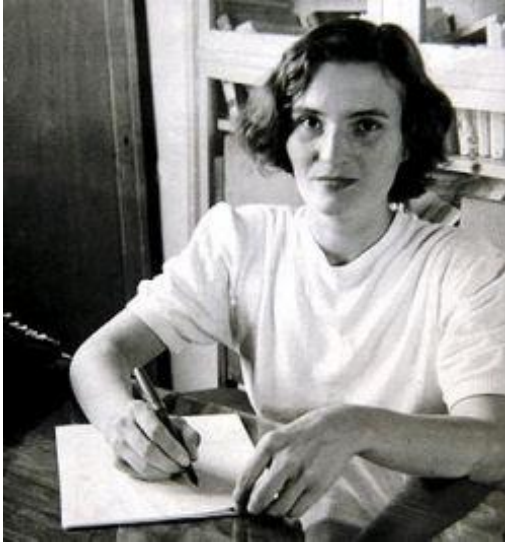
# LA MUERTA

Carmen Laforet (1921-2004)

---



Digitalizado por Katharsis  
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)



### **CARMEN LAFORET (1921-)**

Novelista española. Obtuvo el Premio Nadal en 1946 por su novela *Nada*. La sinceridad e ingenuidad con la que se pone al descubierto un ambiente vulgar y sórdido le hicieron acreedora de los máximos calificativos. Tras un largo período de silencio, apareció *La isla y los demonios*, menos profunda que la anterior. Obtuvo otro gran éxito con *La mujer nueva*, de fondo autobiográfico, en que narra la vuelta a la fe de una mujer casada de la clase burguesa. Otras de sus novelas son: *El piano* (1952), *Un noviazgo* (1953), *La insolación* (1963) y *Paralelo 35* (1967)

Aunque nacida en Barcelona, a partir de los dos años se trasladó a las Islas Canarias. Allí transcurrieron su infancia y adolescencia. Estudió Filosofía en Barcelona y Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, pero abandonó ambas carreras a los 21 años. Se casó en Madrid con el periodista y crítico literario Manuel Cerezales, con quien tuvo cinco hijos. Saltó al primer plano de la literatura española cuando en 1944 ganó el primer Premio Nadal con su novela *Nada*, narración en primera persona de la

apertura al mundo de la joven Andrea, quien se instala con unos familiares en Barcelona para iniciar sus estudios universitarios; sin embargo, el medio que la rodea la conducirá al desencanto. La novela ofrece un testimonio del desmoronamiento físico y moral de parte de la sociedad española en los primeros años de la posguerra, ya que retrata la pequeña burguesía catalana del principio del franquismo. La obra sintonizó con las expectativas del público y se vendieron tres ediciones sólo en el mismo año de su publicación; es más, ganó también el Premio Fastenrath de la Real Academia Española en 1948 y figura entre las obras clave del realismo existencial que dominó el panorama narrativo europeo de los años cuarenta.

En 1952 publica *La Isla y los Demonios*, donde narra el paso de la niñez a la adolescencia –en un mundo también degradado– de Marta, fundándose en su propia experiencia juvenil en Las Palmas de Gran Canaria. *La mujer nueva* (1955), sobre su reconversión al catolicismo, ganó el Premio Nacional de Literatura de 1956 y el Premio Menorca de Novela de 1955. Siguió *La Insolación* (1963, primer volumen de la trilogía *Tres Pasos fuera del Tiempo*). Viajó a Estados Unidos invitada en 1965 y sobre su experiencia y la vida americana publicará el ensayo *Mi primer viaje a USA* (1981); allí conoció además al novelista Ramón J. Sender, con el que intercambió una interesante relación epistolar. Entre sus libros de cuentos destacan *La Llamada* (1954) y *La Niña y Otros Relatos* (1983). Casi toda la obra de esta autora gira en torno a un mismo tema central: el del enfrentamiento entre el idealismo juvenil y la mediocridad del entorno.

Escribió novelas cortas, libros de cuentos y narraciones de viaje. En 2003,

su hija Cristina Cereales publicó *Puedo contar contigo*, que contiene la relación epistolar entre su madre y Ramón J. Sender, un total de 76 cartas en las que la escritora desvela su silencio literario, su patológica inseguridad y su deseo de resguardarse del contacto social, que después cristalizó en un distanciamiento paulatino de la vida pública acelerado por una enfermedad degenerativa que afectaba a su memoria, mal de Alzheimer. Su situación personal era dura, ya que se había separado en 1970 y le faltaba estabilidad económica, pero también por las circunstancias generales: el clima político y social, con un machismo que hacía que en las entrevistas deba responder a preguntas como si quiere más a sus hijos o a sus libros y por lo gris del mundillo literario, que ella ve repleto de envidias, enemistades y rencillas. Laforet no quería adscribirse a ninguno de “estos reinos belicosos”, por lo que, asegura, la consideraban

“enemiga de todos. O tonta, o malvada, o lo que sea. Yo no soy luchadora”. El infatigable Sender es su antítesis, y la anima constantemente a que escriba. Sender le confiesa que “el César pequeñito” es la única persona a la que guarda rencor. El autor de *Réquiem por un campesino español* detallará a su amiga sus crisis de ansiedad “porque no me avengo a ser viejo”. La religiosidad es otro tema de las cartas, pues ambos creen en Dios con distintos matices y comparten una devoción hacia Santa Teresa de Jesús. Falleció en Madrid el 28 de febrero de 2004.

En febrero de 2007 a modo de conmemoración del tercer aniversario del fallecimiento de la autora la editorial Menoscuarto publica por primera vez una recopilación de todos sus relatos cortos, incluidos cinco inéditos, *Carta a don Juan*.

### Obras

- *Nada* (1948), novela
- *La isla y los demonios* (1950), novela
- *El piano*. Madrid: Rollan, 1952
- *La llamada* (1954), relatos
- *La mujer nueva* (1955), novela
- *Un matrimonio*. (1956). Novela.
- *Gran Canaria* (1961), ensayo
- *La insolación* (1963), novela
- *Paralelo 35*. Barcelona: Planeta, 1967. Libro de viajes.
- *La niña y otros relatos* (1970), relatos
- *Artículos literarios*. Eastbourne: Stuart-Spencer Publications, 1977. Artículos.

- 
- *Mi primer viaje a USA* (1981), ensayo.
  - **"Rosamunda. Cuento"**. En: *Cuentos de este siglo*. Encinar, Ángeles (ed.). Barcelona: Lumen S.A., 1995, pp. 73-78.
  - **"Al colegio. Cuento"**. En: *Madres e hijas*. Freixas, Laura (ed.). Barcelona: Anagrama, 1996. Cuentos.
  - *Al volver la esquina* (2004), novela póstuma. Continúa la historia de *La insolación*.
  - *Carta a don Juan* (2007), recopilación de todos sus relatos cortos.
  - *Romeo y Julieta II* (2008), recopilación de sus relatos amorosos.

## LA MUERTA

El señor Paco no era un sentimental. Era un buen hombre al que le gustaba beber, en compañía de amigos, algunos traguitos de vino al salir del trabajo y que sólo se emborrachaba en las fiestas grandes, cuando había motivo para ello. Era alegre, con una cara fea y simpática. Debajo de la boina le asomaban unos cabellos blancos, y sobre la bufanda' una nariz redonda y colorada.

Al entrar en la casa esta nariz quedó un momento en suspenso, en actitud de olfatear, mientras el señor Paco, que se acababa de quitar la bufanda, abría la boca, con cierto asombro. Luego reaccionó. Se quitó el abrigo viejo, en una de las mangas le habían cosido sus hijas una tira negra de luto, y lo colgó en el perchero <sup>4</sup> que adornaba el pasillo desde hacía treinta años. El señor Paco se frotó las manos, y luego hizo algo totalmente fuera de sus costumbres. Suspiró profundamente.

Había sentido a su muerta. La había sentido, allí, en el callado corredor de la casa, en el rayo de sol que por el ventanuco se colaba hasta los ladrillos rojos que pavimentaban el pasillo. Había notado la presencia de su mujer, como si ella viviese. Como si estuviese esperándolo en la cálida cocina, recién encalada, tal como sucedía en los primeros años de su matrimonio... Después las cosas habían cambiado. El señor Paco había sido muy desgraciado y nadie podría reprocharle unos traguitos de vino y algunas aventurillas que le costaron, es verdad, sus buenos cuartos... Nadie podría reprochárselo con una mujer enferma siempre y dos hijas alborotadas y mal habladas como demonios. Nadie se lo había reprochado jamás. Ni la pobre María, su difunta, ni su propia conciencia. Cuando las lenguas de sus hijas se desataron en alguna ocasión más de lo debido, la misma María había intervenido desde su cama o desde su sillón para callarlas, suavemente, pero con firmeza. En la soledad de la alcoba, cuando algunas noches había estado él, malhumorado, inquieto, revolviéndose en la cama. María misma lo había compadecido."

Alguna vez, la verdad, había él especulado con la muerte de su mujer. Y esto lo sentía ahora. Pero... ¡Había as estado desahuciada tantas veces!... Se avergonzaba de pensarlo, pero no pudo menos de hacer proyectos, en una ocasión, con una viuda de buenas carnes, que vivía en la vecindad, y que le dejaba sin respiración cuando le soltaba una risa para contestar a sus piropos... Esto fue en época en que María estaba parálitica... «Cosa progresiva -decían los médicos-, llegará el día en que la parálisis ataque al corazón y entonces... hay que estar preparados.»

El señor Paco estuvo preparado. Ya lo había estado cuando la hidropesía, cuando el tumor en el pecho, cuando... La vida de María en los últimos veinte años había sido un ir de una enfermedad mala a otra as peor... Y ella tan contenta. ¡Con tal de tener sus medicinas! Y hasta sin eso; porque a la hija casada había llegado a darle el dinero de sus medicinas, muchas veces para comprarle cosas a los niños... Pero lo que era seguro es que, sufrir, lo que decían los médicos que estaba sufriendo... no, María no notaba aquellos padecimientos. Nunca se quejó. Y cuando uno sufre, se so queja. Eso lo sabe todo el mundo... Entre una enfermedad y otra, ayudaba

torpemente a las hijas a poner orden en aquella casa descuidada, donde, continuamente, resonaban gritos y discusiones entre las dos hermanas, que no se podían ver... Esto sí mortificaba a la pobre, aquellas discusiones que eran el escándalo de la vecindad, y nunca, ni en su agonía, pudo gozar de paz.

El señor Paco, durante los tres años de la parálisis de su mujer, había tenido aquellos secretos proyectos respecto a la vecina viuda. Pensaba echar a las hijas como fuera y quedarse con el piso... No faltaba más... Y luego, a vivir... Alguna compensación tenía que ofrecerle el destino.

Todos los días acechaba la cara pálida y risueña de María, que hundida <sup>1s</sup> en su sillón, en un rincón de la cocina, tenía sobre las rodillas parálíticas al nieto más pequeño, o cosía, con sus manos aun hábiles, sin dar importancia a aquello que el señor Paco le ponía de tan mal humor: Que la cocina estuviese sucia, con las paredes negras de no limpiarse en años, y el aire lleno de humo y de olor a aceite malo.

María levantaba hacia él sus ojos suaves, aquella boca pálida donde siempre flotaba la misteriosa e irritante sonrisa, y el señor Paco desviaba los ojos; él notaba que ella le compadecía, como si le adivinase los pensamientos, y desviaba los ojos. Podía compadecerle todo lo que quisiera; pero el caso es que no se moría nunca; aunque para la vida que llevaba, como decía él a sus amigos, cuando el vino le soltaba la lengua, para la vida que llevaba la pobre mujer, mejor estaría ya descansando...

Un día el señor Paco sintió derrumbarse todos sus proyectos. Al volver del trabajo, cuando abrió la puerta de la cocina, encontró a la mujer de pie, como si tal cosa, fregando cacharros. La sonrisa con que le recibió fue un poco tímida.

-¿Sabes?... Esta mañana vi que me podía levantar sola, que podía andar... Me alegré por las chicas... ¡Tienen tanto trabajo las pobres!... Parece que también ha salido de ésta.

El señor Paco no dijo nada. No pudo manifestar ninguna clase de alegría ni de asombro. Por otra parte, tampoco hacía falta. Las hijas, el yerno y hasta los nietos, tomaban la curación de la parálítica como la cosa más natural. Discutían lo mismo, cuando la madre estaba en pie y les ayudaba en la medida de sus fuerzas que cuando estaba sentada en un sillón de hule.

Al señor Paco con la imposibilidad de realizar el nuevo matrimonio que soñaba se le pasó el enamoramiento por la viuda frescachona y, en verdad, cuando, al fin, María cayó enferma de muerte, él no tenía ningún deseo del desenlace. Lo que le sucedió fue que hasta el último minuto estuvo sin creerlo. Lo mismo les sucedía a las hijas, que estaban acostumbradas a tener años y años a una madre agonizante. La noche antes de morir, sin poder ya incorporarse en la cama, María hilvanaba torpemente el trajecillo de un nieto... Y, como de costumbre, no pudo hacer nada para impedir las discusiones habituales de la familia, en su último día en la tierra.

El señor Paco se portó decentemente en su entierro, con una cara afligida. Pero al volver del cementerio ya la había olvidado. ¡Era tan poca cosa allí aquella mujer

menuda y silenciosa!

Habían pasado ya más de tres semanas que estaba bajo la tierra. Y loo ahora, sin venir a cuento, el señor Paco la sentía. Llevaba varios días sintiéndola al entrar en la casa, y no podía decir por qué. La recordaba como cuando era joven, y él había estado orgulloso de ella, que era limpia y ordenada como ninguna; con aquel cabello negro anudado en un moño, siempre brillante, y aquellos dientes blanquísimos. Y aquel olor de limpieza, de buenos guisos que tenía su cocina, que ella- misma encalaba cada sábado, y aquella tranquilidad, aquel silencio que ella parecía poner en dondequiera que entraba...

Aquel día cayó el señor Paco en la cuenta de que era por eso... Aquel silencio... Hacía tres semanas que las hijas no discutían.

Ellas también, quizá, sentían a la muerta.

-Pero no... -el señor Paco se sonó ruidosamente -no... eso son cosas de viejo, de lo viejo que está uno ya.

Sin embargo, era indudable que las hijas no discutían. Era indudable que en vez de dejar las cosas por hacer, pretextando cada una que aquel trabajo urgente le pertenecía a la otra, en vez de eso, se repartían las labores, y la casa marchaba mejor. El señor Paco quizá por esto, o quizás porque se iba haciendo viejo, como él pensaba, estaba más en la casa, y hasta se había aficionado algo a uno de los nietos.

Dio unos pasos por el corredor, sintió el calor de la mancha de sol en la nariz y en la nuca,<sup>2g</sup> al atravesarla, y empujó la puerta de la cocina, quedando unos momentos deslumbrado en el umbral.

La cocina estaba blanca y reluciente como en los primeros tiempos de su matrimonio. En la mesa estaban puestos los platos. El yerno estaba comiendo y, cosa nunca vista, lo atendía la hija soltera, mientras la hermana se ocupaba de los dos mocosos pequeños... Aquello era tan raro que le hizo carraspear.

-Esto parece otra cosa. ¿Eh, señor Paco?

El yerno estaba satisfecho de aquellas paredes blancas oliendo a cal. El señor Paco miró a sus hijas. Le parecía que hacía años que no las miraba. Sin saber por qué dijo que se le estaban pareciendo ahora a la madre.

-Ya quisieran. La señora María era una santa.

Esta idea entró en la cabeza del señor Paco, mientras iba consumiendo su sopa, lenta y silenciosamente. La idea apuntada por el yerno de que la muerta había sido una santa.

-La verdad, padre -dijo de pronto una de las hijas-, que a veces no sabe uno como viven algunas personas. La pobre madre no hizo más que sufrir y aguantar todo... Yo quisiera saber de qué le sirvió vivir así para morir sin tener ningún gusto...

Después de esto, nada. El señor Paco no tenía ganas de contestar, ni nadie... Pero parecía que en la cocina clara hubiese como una respuesta, como una sonrisa, algo...

Otra vez suspiró el señor Paco, honda, sentidamente, después de limpiarse los labios con la servilleta.

Mientras se ponía el abrigo, para irse a la calle de nuevo; las hijas cuchichearon<sup>32</sup> sobre él, en la cocina.

-¿Te has fijado en el padre?... se está volviendo viejo. ¿Te fijaste como se quedó, así, alelado, después de comer? Ni se dio cuenta cuando Pepe salió...

El señor Paco las estaba oyendo. Sí, él tampoco sabía bien lo que le pasaba. Pero no podía librarse de la evidencia. Estaba sintiendo de nuevo a la muerta, junto a él. No tenía esto nada de terrible. Era algo cálido, infinitamente consolador. Algo inexpresable. Ahora mismo, mientras se enrollaba al cuello la bufanda, era como si las manos de ella se la atasen amorosamente... Como en otros tiempos... Quizá para eso había vivido y muerto ella, así, doliente y risueña, insignificante y magnífica. Santa... para poder volver a todo, y a todos consolarles después de muerta.



Edición digital Revista literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008